

tos), que entre el alma y el cerebro existe una union íntima; que la evolucion del pensamiento no es enteramente independiente de la materia del cerebro; que el pensamiento es capaz de ser manifestado exteriormente por una conversion del movimiento en energía actual; que la emoción halla á menudo algun alivio en esas demostraciones físicas, etc., etc. Pues bien; todo esto no es más que la antigua teoría filosófica y cristiana del alma como forma del cuerpo.

Y aquí yo me siento poseído de un remordimiento; siento que he hecho mal, en verdad, en haber tomado demasiado por lo serio los experimentos de M. Lombard, á los cuales M. Barker da tanta importancia. ¿Qué es, en efecto, la pequeña elevación de temperatura del cerebro atestiguada por el primero de dichos señores, es decir, los veinte grados de desviación de la aguja magnética de su galvanómetro, comparada con un vivo dolor de cabeza ocasionado por la contension interna del ánimo, con las emociones violentas excitadas en el organismo entero por las emociones vivas del alma, el miedo, el gozo, el amor, el ódio, la cólera, cuyas emociones ocasionaron á menudo casi instantáneamente el encañamiento de los cabellos, el anonadamiento de todas las facultades locomotrices, la pérdida de la memoria, la locura, enfermedades espantosas, la existencia de la epilepsia, la apoplejía, la meningitis, etc.? La ciencia en sus tendencias á atribuirlo todo á la materia y á las fuerzas físicas, si no pone en ello un especial cuidado, acabará por hacerse ridícula. Respecto de la desviación de las agujas de M. Barker sucede lo mismo que con los sílices cortados de los geólogos; ellos no hacen más que derribar una puerta abierta, ó si se quiere atribuirles una importancia que no tienen; acabará por el ridículo. M. Barker, por lo demás, no se ha llamado á engaño sobre el asunto; su conclusion es que el cerebro es por sí mismo una máquina destinada á la transformación de la energía, y que el pensamiento, por ciertas vías misteriosas, hállase en cor-

relacion con las demás fuerzas físicas; mas él se ha apresurado á añadir: «Aquí surge esta gran cuestion: ¿Acaso no hay más que esta energía física? Detrás de esta substancia material, ¿no hubiera por ventura un poder de un órden más elevado?... No existe realmente una parte inmortal, separable de los tejidos del cerebro, bien que ella se halle misteriosamente unida con él? El cuerpo confeccionado de un modo tan curioso ¿encierra un alma que emana de Dios y vuelve á Dios? Aquí la ciencia vela su faz y se inclina respetuosamente ante el Todopoderoso. Nosotros hemos traspasado los límites dentro de los cuales la ciencia física hállase encerrada.»

Esta confesion, esta profesion de fe solemne que se encuentra en todos los géneos superiores, ó que no se han hecho ciegos voluntarios, es una confirmación patente de la revelación, ó al menos de este hecho, es decir, que la ciencia más moderna está lejos de haber demostrado la falsedad de la revelación. A fin de poner más en evidencia esta verdad capital para nosotros, séame permitido consignar aquí algunas declaraciones de varios sabios, tanto menos sospechosos en cuanto han querido distinguirse más bien como libres pensadores que como cristianos.

El más eminente de los físicos de Inglaterra, M. Tyndall, terminaba así su discurso de presidente de la Asociación británica para el adelanto de las ciencias, reunidas en Norwich: «Es imposible concebir el paso de la física del cerebro á los hechos correspondientes de la ciencia íntima de las sensaciones, de los pensamientos y de las emociones. Aun despues de haberse convenido en que un pensamiento determinado y una acción determinada ejercida sobre el cerebro son unos hechos simultáneos, ... nos hallamos tan lejos como antes de la solución del gran problema: ¿Cómo estas operaciones físicas se hallan asociadas á los hechos de la conciencia? El abismo entre estas dos clases de fenómenos permanecerá siempre intelectualmente inaccesible. Al afirmar que el crecimiento del cuerpo es mecánico, y que el pensamiento, en tanto que tiene su ejercicio en

nosotros, tiene su correlativo en la física del cerebro, pareceme que concedo al materialista la sola posición sostenible para él... Las agrupaciones y los movimientos moleculares nada explican... El problema de la unión del cuerpo y alma es tan insoluble en su forma moderna como lo era en las edades precientíficas... Empero si el materialismo ha quedado confundido y la ciencia se ha vuelto muda, ¿a quién toca dar la respuesta? *¿A Aquel á quien el secreto ha sido revelado!* Inclínemos, pues, nuestras frentes y reconozcamos nuestra ignorancia una vez por siempre.» (*Los Mundos*, tomo XVII, pág. 97 y 98.)

El sucesor de M. Tyndall á la presidencia de la Asociación, un materialista célebre, M. Hoolker, que no ha ocultado sus simpatías darwinianas y positivistas, ha hecho, no obstante, una profesión de fe espiritualista. «Si hubiera medio de conciliar la ciencia y la religión, la base de la conciliación debiera consistir en el hecho más importante, más grande y cierto de todos, que el poder cuya existencia la naturaleza nos revela es de todo punto inescrutable... Los límites que aprisionan la historia física y espiritual del hombre, y las fuerzas que se manifiestan en los triunfos alternativos del espíritu y de la materia sobre los actos del individuo, son, de todos los asuntos que la física y la fisiología nos han revelado, los más abrumadores, y acaso aun ellos sean enteramente impenetrables. En la investigación de sus fenómenos hállase involucrada la del pasado y del porvenir, el misterio aterrador de la existencia: ¿de dónde venimos? ¿á dónde vamos? Ese conocimiento del pasado y del porvenir es al que el alma humana aspira y por el que ella deja oír este grito apasionado que un poeta viviente ha traducido tan admirablemente en estos versos: «Acá abajo, todo no se halla concretado á la materia y á la fuerza... Además de la ley de las cosas, existe la ley del espíritu... Habladme de *Aquel* que nos ha colocado aquí y que posee las llaves del *¿de dónde venimos? ¿á dónde vamos?*»

M. Hooker ha tenido por sucesor, á su vez, á M. Sto-

kes, físico igualmente como M. Tyndall, pero, además de ello, matemático eminente; oigámosle un instante: «Si se admite plenamente, como muy probable, ya que no como completamente demostrada, la aplicación á los seres vivientes de las leyes que fueron verificadas respecto de la materia muerta; yo me siento obligado, al mismo tiempo, á admitir la existencia de un algo misterioso situado más allá, de alguna cosa, *sui generis*, que considero, no como dominando y suspendiendo las leyes físicas ordinarias, sino como trabajando con ellas y por ellas al cumplimiento de un fin determinado. Lo que pueda ser ese algo que nosotros apellidamos *vida* es un profundo misterio.... Cuando de los fenómenos de la vida pasamos á los del *espíritu*, entramos en una región más profundamente misteriosa todavía... Debemos tratar de unos fenómenos que se elevan completamente por encima de la simple vida, de la misma manera que los fenómenos de la vida superan á los de la química y de las atracciones moleculares, ó bien, como las leyes de la afinidad química superan á su vez á las de la simple mecánica. Aquí no tenemos que esperar grandes auxilios de la ciencia; puesto que el instrumento de las exploraciones es él mismo el objeto de las investigaciones! La ciencia no puede hacer otra cosa que ilustrarnos sobre la profundidad de nuestra ignorancia, é inducirnos á dirigir las miradas hácia un orden más elevado, respecto de aquello que toca más de cerca á nuestro bienestar.»

Sobre el particular, yo no haré más que una citación, y la tomaré de uno de los maestros más jóvenes de la escuela francesa. M. Pablo Bert, profesor de fisiología de la Facultad de ciencias de París: «Fuera de la fisiología, según dicho autor, resta casi todo entero el campo inmenso de los fenómenos demostrables solamente por vía subjetiva. Cuando se trata de saber si la inteligencia humana es ó no es el simple resultado de una transformación de la fuerza, teniendo como *substratum* la materia organizada, ó bien si ella es la manifestación de una substancia espe-

cial, situada muy por encima de la fuerza y de la materia, ¿cómo puede pensarse en alejar de la discusión la noción de lo infinito, la noción del bien y del mal, la conciencia y el sentimiento del libre albedrío que se resiste á todo? En tanto debe ser así, que renunciando á dicho sentimiento nos negamos á nosotros mismos. Bien es preciso que estas nociones fundamentales, en lo que ellas tienen de científicamente aclarado, intervengan en un debate que durará tanto como el mundo; y aquellos de nuestros fisiologistas que no quieren tener este hecho en cuenta, se hallan léjos de la verdad... Bien vosotros conoceis una escuela (la escuela positivista), que recomienda á sus discípulos el huir de las cuestiones de este orden, y que quisiera hasta separarles de las preocupaciones humanas... Esa tarea es imposible. Dichas preocupaciones se imponen al espíritu y lo acosan tanto más cuanto más se quiere alejarlas. A pesar de nosotros mismos, todos hacemos ó estudiamos metafísica sin saberlo. Y además, ¿por qué no confesarlo de una vez? Esa impaciencia ó ansiedad respecto de un eterno desconocido, constituye el honor de la especie humana; es el verdadero carácter de su grandeza.» (*Discurso inaugural. Revista de los cursos públicos, 28 de Mayo de 1870.*)

Es falso, pues, absolutamente falso, que el hombre de la ciencia verdadera sea la negación del hombre de la revelación. Para confundir el espíritu con la materia, es preciso pertenecer á la mayoría insignificante que se hace asaz ignorante, asaz ciega, asaz malvada para osar decir con madama Clemencia Royer: «*No solamente el movimiento se transforma en sonido, en calor, en electricidad, en luz, y viceversa; sino que todas esas formas diversas de una fuerza siempre idéntica, se transforman en vida, en inteligencia, en voluntad, en acción libre... La inteligencia y el pensamiento no son más que unos fenómenos de la materia, lo mismo que la estension, la impenetrabilidad y el movimiento.*»

¿Cómo, pues, unos hombres distinguidos, profesores agregados á la escuela de medicina pudieron hacerse eco de ese grito salvaje? ¿Cómo algunos libre-pensadores bien educados que, como M. Alfonso Lablais, desuellan bajo los auspicios de un académico tan célebre como M. Littré, han llegado hasta el extremo de perder, no solamente todo sentimiento de religiosidad, si que tambien de considerar la causa primera, Dios, como el enemigo personal de la humanidad, y del cual es preciso separar al universo á toda costa? ¿Cómo en medio de las naciones civilizadas y cristianas, en Francia, en Inglaterra, en Alemania debemos vernos condenados á ser testigos de unas escenas de grosería, de brutalidad, de impiedad, que jamás viajero alguno ha presenciado entre los pueblos más salvajes y bárbaros? Por la acción del alma sobre el cerebro, y la reacción del cerebro sobre el alma, por el fenómeno que un célebre fisiologista inglés, M. W. B. Carpenter, vicepresidente de la Sociedad real de Londres, ha titulado *la actividad inconsciente del cerebro ó cerebración inconsciente*, sea original, sea adquirida.

«La distinción del alma y del cerebro es patente de tal manera, dice él, que cada cual puede cada día tener la conciencia de fenómenos subjetivos, en los cuales, ó bien el alma es activa sin que el cerebro sea advertido de su actividad, ó bien el cerebro obra sin que el alma tenga conciencia de su actividad... Esa acción inconsciente del cerebro ejércese á menudo, dando á nuestros juicios una tendencia que nosotros podemos ignorar. Así sucede que cada uno de nosotros hállase más ó ménos bajo la influencia de los hábitos, de los pensamientos y de los sentimientos que le fueron infundidos en edad temprana, ó que se formó uno mismo con sus estudios y relaciones; el juicio hállase particularmente espuesto á ser modificado por tales influencias, cuando el vigor ordinario del espíritu es deprimido por ciertas causas morales y físicas. Esa especie de perversion puede ser llevada tan léjos, en sus funestas consecuencias, que da algunas ve-

ces lugar á una falta de buena fé y candor, cuya sospecha pudiera caer de todo fundamento; puesto que *su origen real reside en lo más profundo de ese stratum de la constitucion mental* que representa el resultado de esas primeras influencias de las cuales el individuo mismo no es ya responsable. Así, como lo ha demostrado M. Lecky, la doctrina de la cerebriacion inconsciente inculca la tolerancia, no solamente respecto de las diferencias en materia de creencias, sino aun respecto de las desigualdades de valor moral.» (*Revista de los cursos públicos*, 25 de Setiembre de 1869, pág. 684.)

Si, en la doctrina ortodoxa de la revelacion, que no es jamás homicida, que nada niega del hombre, que concede, así al elemento material como al elemento espiritual, la parte que justamente á entrambos corresponde, la educacion ó la accion personal pueden no solo excitar en el cerebro impresiones asaz vivas, asaz profundas, para que el alma inconsciente pase á ser en cierto modo esclava de ellas, sino aun modificar sensiblemente en el individuo y en la raza, la forma misma del cerebro. Un eclesiástico sabio y santo, M. Frère, que, veinte años antes que se soñara en fundar la Sociedad de antropología, habia formado con paciencia una coleccion de cráneos de los diversos pueblos que habitaron la Francia alternativamente y cuya coleccion fué legada por él al Museo de historia natural, habia atestiguado y afirmado lo que más tarde se ha verificado sobre esa coleccion y en otras partes, por M. Pruner-Bey, uno de nuestros antropólogos más eminentes, que los cráneos modernos del mismo tronco, en vías de civilizacion, ofrecen una conformacion más ventajosa que los cráneos antiguos del mismo origen. El alma hace el cerebro y el cerebro avasalla el alma. De ahí que un pueblo civilizado pueda descender física y mentalmente al estado salvaje: de ahí igualmente que un pueblo que hubiera caido en el estado salvaje tenga necesidad de cierto espacio de tiempo, de muchas generaciones acaso, para volver física y men-

talmente á la civilizacion. El doctor M. G. Vilson ha examinado cuatrocientas cincuenta y cuatro cabezas de criminales ordinarios ó empedernidos con la sabia precaucion de tomar sus medidas, antes de todo informe sobre la vida de las personas, y ha hecho constar que el cráneo de los hombres avezados al crimen presenta algunas anomalías sensibles, sobre todo en la region de los lóbulos anteriores del cerebro; de lo cual infiere que, á menos de una reforma posible, y que debe ser sometida á cierto tiempo de prueba, ellos no podian cesar casi de ser criminales. Si se midiera asimismo el cráneo de los ateos, de los libre-pensadores, de los solidarios, etc., ó por lo menos, si pudiera su cerebro ser sujetado á un exámen alento, atestiguaríanse algunas modificaciones evidentes y profundas, de las cuales ellos fueron la causa más ó menos voluntaria, y que explicarían su confirmacion en el mal ó en la impiedad.

¡Cuán afortunado yo me consideraría, si hubiera podido convencer á mis lectores de que esta vez todavía, como siempre, la revelacion se halla sola en el justo medio en que reinan la verdad y la virtud! Y, nótese ello bien, nosotros hemos tomado estas últimas enseñanzas de la ciencia de un profesor eminente de fisiología experimental. Es, pues, falso, absolutamente falso, que la ciencia sea impotente para establecer la distincion esencial entre el alma y el cuerpo, entre los fenómenos fisiológicos y los psíquicos. Si se entiende por ciencia el empleo del escalpelo, del termómetro, del galvanómetro y del microscopio, en este caso, es verdad, el alma no se revela de ningun modo esencialmente á esos instrumentos groseros. Empero, no está ahí toda la ciencia de observacion. La persona que vió salir de la cárcel de la Roquette al envenenador de sangre fría, que llevaba el nombre de La Pomme-raye, que se volvió viejo de repente, con el cabello y la barba encanecidos por el miedo, muerto y vivo á la vez, paralizadas sus piernas de tal manera, que le era imposible caminar un paso, hizo evidentemente una observa-

cion científica solemne, y esa observacion manifiesta á la luz del día la existencia de un alma profundamente poseda por el temor ó el arrepentimiento, y que mató al cuerpo antes de la hora! Solo pudiera permanecer materialista, despues de tal espectáculo, aquel en quien el cuerpo ó el cerebro, fatalmente viciado por algunas impresiones mefíticas, hubiera ahogado virtualmente el alma.

La verdad que acabo de esponer hállase claramente consignada en los sagrados libros, ese depósito incomparable de la sabiduría de las naciones. En ellos háblase, en todas partes, de cerebros ó entendimientos en tal manera perturbados, obcecados y obstinados, que se vuelven inaccesibles á la accion de la gracia. El pueblo judío es llamado mil veces el pueblo del cerebro ó espíritu petrificado y de corazon incircunciso. Dios recomienda incesantemente á los hijos de Israel, que no dejen endurecer su cerebro. Cerviz dura y cerebro solidificado, son unas expresiones muy comunes. Isaias llega al punto de decir á la casa de Jacob que su cerebro es un nervio de hierro y su frente una mole ó un pedazo de bronce.

Paralelo entre el hombre y el animal. La insignificante minoría que osa afirmar que el hombre difiere del animal, no esencialmente ó cualitativamente, sino accidentalmente ó cuantitativamente, y que en realidad el hombre no se halla dotado de facultad alguna absolutamente ausente en el animal, figura ciertamente en la categoría de los cerebros perturbados, ofuscados y obstinados de que acabamos de hablar; puesto que sus ojos están cerrados á la evidencia. Para que el alma del hombre sea cualitativamente distinta de la del animal, basta que el hombre se halle en posesion de facultades que el animal no posee ni siquiera en el estado rudimentario. En efecto, desde el punto en que alguna de las facultades del hombre es nula en el animal, la distancia que separa al hombre del animal viene á ser rigurosamente infinita. Pues bien,

MM. Robin y Littré, los jefes reconocidos de la escuela positivista, los únicos que yo sepa que hayan tenido el triste valor de conceder á los animales *la razon*, es decir, la facultad que, en el lenguaje de la humanidad entera, es denominada y definida, *aquello que distingue al hombre de la bestia*, no han menos admitido y declarado que solo la razon humana posee (lo que, añaden ellos, le da una superioridad muy considerable) el poder de abstraer y de generalizar, fuente necesaria del lenguaje articulado y de la invencion. (*Diccionario* de Nysten en la palabra ó vocablo *Razon*.)

El alma del animal no abstrae, ni generaliza de ningun modo; no se halla en posesion del instrumento soberano, llamado lenguaje articulado ó escrito; ella no inventa; ella difiere, pues, esencial y cualitativamente del alma del animal. MM. Littré y Rubin añaden: «Lo que demuestra el paso ó transicion entre ambas razones, es que el hombre salvaje no posee ese cuadrúpedo poder más que en grado infinitamente pequeño.» Empero dicha restriccion es vana; dado que todo el mundo reconoce que si el poder de abstraccion es *actualmente* infinitamente pequeño en el salvaje, lo es *accidentalmente*, en tanto que es nulo esencialmente en el animal. Este poder hállase *virtualmente* en el estado latente; más hállase en dicho estado naturalmente y por entero; toda vez que en el salvaje ó el descendiente del salvaje hubo y hay todavía la esencia de un hombre de genio; al paso que el animal y el descendiente del animal no abstraerán, no generalizarán jamás. Tenemos siempre, pues, y de buen ó mal grado, la diferencia de lo infinito al cero absoluto, ó lo infinito, que el tiempo, el espacio y los medios más propicios no traspasarán jamás. La raza humana, la más inferior, la más degradada, puede llegar á la razon, á la abstraccion, á la generalizacion, al lenguaje articulado ó escrito más perfecto, á la invencion, lo cual está vedado por siempre al animal más inmediato al hombre; luego la distancia del hombre al animal, es la del *todo á la nada*.

Bossuet insistía ya con ardor sobre este carácter esencial y cualitativo: *El hombre inventa y la bestia no inventa*; ó si ella algo inventa es en el dominio de los sentidos, con un fin de conservacion ó de reproduccion. Desde que el mundo es mundo, el animal más astuto nada ha inventado, ni un arma para atacar, ni una señal para reunirse, ni una fortaleza para defenderse. M. Andrés Sanson, más atrevido ó más alucinado que sus jefes de partido, MM. Littré y Robin, ha osado decir: «Todos los animales reciben impresiones como nosotros, ellos se asocian por medio del raciocinio como nosotros, las ideas que resultan de las impresiones y que las representan; ellos dirigen, como nosotros, por medio del juicio, las acciones á las cuales dichas ideas les conducen; como nosotros, finalmente, ellos generalizan todo eso, para sacar nuevas combinaciones que manifiestan con actos que ninguno de sus semejantes, ascendientes ó contemporáneos, habia ejecutado antes que ellos.» (*Filosofía positivista*. Entrega de mayo-junio 1870, pág. 462.) Mas esta es una asercion puramente gratuita, aventurada y más que dudosa; pues solo se apoya en dos ó tres hechos apócrifos y sin importancia alguna. «Los castores de las orillas del Ródano, se ha dicho, no encontrando ya las condiciones de una seguridad suficiente en sus viviendas, construidas segun el estilo tradicional (decid más bien, por respeto hácia vosotros mismos, el estilo ó sistema instintivo; toda vez que las tradiciones no existen más que entre los sôres racionales), tomaron el partido de abandonarlas para abrirse otras nuevas en las márgenes de dicho río. De suerte que de albaniles que eran, hicieron mineros. Pues bien, para realizar este cambio en sus costumbres, ¿acaso no les fué preciso apreciar las nuevas condiciones que se imponian á sí mismos y tomar una resolucioñ decisiva? Si eso no es raciocinar, ¿qué cosa es, pues? El castor, por lo tanto, ha inventado, al parecer, una nueva morada, que de seguro no hubiera inventado si careciera de razon. Yo habia leído ya en otra parte esa leyenda ani-

mal y he querido comprobarla una vez por todas. He abierto á la palabra *Castor* la primera enciclopedia que he hallado á mano; el artículo va firmado con el nombre de M. Boillard, naturalista distinguido que ha tomado un lugar, en el *Diccionario de los Contemporáneos*, y en él he leído:

«Los castores que se hallan en Europa, viven solitariamente, nada construyen y no moran más que en madrigueras. Así sucede ahora, y lo mismo sucedia en la antigüedad; dado que los antiguos, al hablarnos de su *canis ponticus*, que no era otra cosa que nuestro castor, no hacen mencion alguna de su costumbre de edificar, y le atribuyen los mismos hábitos que los de la nutria, respecto á la alimentacion.»

Muy recientemente, M. Pouchet de Ruan, el célebre heterogenista, creyó haber descubierto que perfeccionando su nido admirablemente y con inteligencia, ciertas golondrinas habian sustituido el agujero redondo secular por una prolongada abertura, un verdadero balcón, que permitiera á la prole sacar sus cabezas fuera para respirar el aire puro, ó familiarizarse mejor con el mundo exterior. Empero, no bien ese informe académico fué hecho, cuando era vivamente combatido, y por M. Andrés Simon el primero. Unos apresuráronse á recordar este pasaje del artículo *Bestia* de la Enciclopedia de Aembert: «Si una golondrina coloca su nido en un ángulo, dicho nido no tendrá de circunferencia más que el arco comprendido entre los lados del ángulo (y la abertura será un pequeño agujero). Si ella lo aplica, por el contrario, contra un muro, tendrá por medida la semicircunferencia (y la abertura será un balcón).» Las golondrinas han hecho, pues, siempre lo que, segun M. Pouchet, hubieran inventado recientemente. Y, en efecto, el nido perfeccionado, cuya fotografia dicho señor nos ha remitido, es un nido pegado á una superficie plana. Otros, con M. Noubel, han hecho notar que existen y han existido siempre dos clases de golondrinas: la una, la *golondrina rística*, cuyo nido es muy abierto en forma de balcón de galería; la otra,

la *golondrina ciudadana*, con nido de abertura circular, grande, lo preciso para dar paso al pájaro, no sin algun trabajo por su parte. La facultad de invencion de la *golondrina* es, pues, tan problemática, ó más bien tan nula como la del castor. Repitámoslo, sin embargo; ese ejercicio perfeccionado del instinto no es acaso imposible, mas es un acto de imaginacion, de sensibilidad, y no de razon propiamente dicha, como lo explicaremos en seguida.

Citemos todavía un ejemplo de pretendido perfeccionamiento; esto nos dispensará de combatir una de las vanas objeciones suscitadas contra la historia natural de los sagrados libros. Job ha dicho del avestruz hembra, que ella carecia de la inteligencia que Dios da á las demás aves, que no empollaba sus huevos, que los abandonaba sobre la arena del desierto, y que dejaba á los rayos del sol el cuidado de hacerlos abrir. El célebre M. Réaumur creyóse autorizado por algunas raras observaciones, para dar á Job un mentís, y su mentís parecia confirmado por una reseña de M. Adanson quien, en el Senegal, vió al parecer á los avestruces empollando sus huevos, pero solamente durante la noche. Pues bien; he aqui un observador, que no puede ser sospechoso; M. Darwin asegura haber visto con sus propios ojos (*Origen de las especies*, traduccion de M^{ma} Royer, primera edicion, página 313) varias hembras de avestruz poner cada una de ellas algunos huevos en un nido comun. Los huevos son luego empollados por los machos solos. «Sin embargo (siempre es M. Darwin quien habla), ese instinto del avestruz americano no ha podido aun fijarse y perfeccionarse; dado que un número considerable de huevos de dichas aves hállanse esparcidos acá y acullá en las llanuras, en términos que, en un solo día de caza, he encontrado por lo menos una veintena de huevos perdidos y deteriorados de esta suerte.» Luego, en el siglo décimo nono despues de Jesucristo, lo mismo que en el décimo octavo antes de Jesucristo, el avestruz hembra no empolla sus huevos y los deja abandonados á menudo sobre la arena.

M. Darwin, que cree en la trasformacion y progreso incesante de los séres, vése forzado él mismo á atestiguar que al cabo de cuatro mil años, la inteligencia del avestruz, como la de todos los animales, ha permanecido en una inmovilidad absoluta.

En realidad, los animales nada han añadido desde el origen del mundo á lo que la naturaleza les ha concedido. Si ellos hubiesen habitado solos la tierra, si el hombre no hubiera existido, la tierra ofrecerá un aspecto de confusion verdaderamente espantoso; en tal suposicion, yo me atrevo á añadir que los animales no existirian ya, tan incapaces son ellos para asegurar las condiciones esenciales de su existencia. ¿Qué sería de los animales, aun de los más útiles al hombre, sin el concurso y el auxilio de los hombres? Si ellos no sirvieran para sustentarle, su fecundidad misma fuera la primera causa de su destruccion; ellos agotarán los frutos ó las yerbas que forman todo su alimento; los campos no les bastarian ya; y si se refugiáran en los bosques, no tardarian en ser presa de los grandes carnívoros que la naturaleza sostiene allí para arrojarles de ellos!

En cuanto al hombre, por el contrario, nótese una movilidad incesante, un progreso indefinido, hasta el retorno á la barbarie por el exceso de la civilizacion material, por el olvido de los dogmas espirituales y cristianos, los únicos que constituyen (decia valerosamente sir Jorge Grey, ante toda la Asociacion británica reunida en Exeter) la civilizacion verdadera y bienhechora. Yo no puedo resistir al deseo de citar el bello pasaje en el cual Bossuet oponia con tanta elocuencia la movilidad y la invencion del hombre á la inmovilidad absoluta de los animales: «El hombre atento á la verdad ha conocido aquello que era propio ó impropio para sus designios; él ha notado que su imaginacion hallábase llena por las sensaciones de una infinidad de imágenes, y por medio de ese poder que tiene para raciocinar las ha juntado y las ha separado; así es como él ha trazado sus planes y ha bus-

cado materiales á propósito para la ejecucion. Él ha observado que cimentando lo bajo, podia levantar lo alto; él ha edificado, ha ocupado grande espacio en los aires, y ha ensanchado su morada; estudiando la naturaleza, ha encontrado el medio de darle nuevas formas; se ha hecho instrumentos, se ha hecho armas; ha elevado las aguas que no podia ir á extraer en las profundidades en que ellas se hallaban; ha cambiado toda la faz de la tierra; ha socavado y registrado sus entrañas, encontrando allí nuevos recursos; aquello que no ha podido alcanzar, por más lejos que lo ha podido observar, lo ha hecho servir para su propio uso. De esta suerte los astros le dirigen en sus navegaciones y en sus viajes; ellos le marcan las estaciones y las horas; al cabo de seis mil años de observaciones la inteligencia humana no se halla agotada en manera alguna, ella busca y encuentra todavía, á fin de que reconozca que puede encontrar hasta lo infinito.»

(*Conocimiento de Dios y de sí mismo*. Cap. V, § 9.)

M. A. Sanson y sus consocios correligionarios quieren absolutamente que los animales se hallen en plena posesion de la percepcion, de la memoria, del raciocinio, de la asociacion de ideas, del discernimiento, del juicio, de la voluntad, etc. Convenido; pero con la condicion de que ellos reconozcan lo que es más evidente que la luz del dia, que en el animal dichas facultades ejercense exclusivamente en la esfera de la sensibilidad y de la sensacion; más no en la esfera de la inteligencia y de la abstraccion, dominio esencial del alma humana; que entre el hombre inteligente y la bestia sensible, hay de por medio un mundo entero; y que de las sensaciones del animal á la razon del hombre hay más distancia que de la tierra á los cielos. Lo infinito lo separa, del mismo modo que lo infinito divide al universo moral del universo físico. El P. Baruel, en sus *Helvianas*, tomo 1.º, edicion de 1823, pág. 355, establece muy bien dicho paralelo: «Como vosotros, dice, consiento en admirar en el animal sensible, la ternura, los cuidados, la vigilancia y la solicitud del amor mater-

nal; mas yo le veo olvidar que es padre, desde el punto en que el instinto olgorado por la naturaleza para la conservacion de la especie no tiene ya razon de ser; mientras que en el hombre os muestro el sentimiento de la posteridad, robusteciéndose de generacion en generacion, y á los ancianos del pueblo, abrazando y estrechando contra sus pechos á los hijos de sus hijos. Como vosotros, veo al animal afectarse á la vista de su amo; pero el origen de su afeccion yo la descubro en el pan que de él recibe. Como vosotros todavía, le observo avergonzado, triste, confundido por las faltas que ha cometido; mas al mismo tiempo observo el palo que él teme. Decís que la bestia es fiel, tierna, reconocida; que ella os defiende contra vuestros enemigos en razon de los beneficios que ella ha recibido. Empero ¿cuáles son esos beneficios? Vosotros por un lado procurais saciar su hambre, resguardarla, defenderla contra otra bestia más poderosa, dispuesta á devorarla... Por otro lado, pues, ella os quiere; vuelve hácia vosotros, lo mismo que ella vuelve bajo el techo que la defiende de las injurias del aire... En vuestros beneficios todo es materia; en los motivos de su amor, de su fidelidad, de su reconocimiento, todo es lodo... El animal es libre en sus resoluciones; él escoge y fija su eleccion; él puede ser infiel á vuestra voz; cuando os obedece, obra y se mueve segun aquello que aparece peor ó mejor... Más ¿cuáles son todos los objetos sobre los cuales se ejercen su razon y su libertad? Él huye del encierro que vosotros le destinais; rompe sus cadenas y su clausura para respirar ese aire más puro y más libre que le reanima para ejercitar sus miembros entumecidos, y acaricia la mano que le saca de ellas... ¿Y hasta dónde pueden llevarse, pues, tales razonamientos? Si el animal siente que es débil, por ejemplo, no hay temor alguno que acometa al fuerte; y si sintiere que él es el más fuerte, devorará al más débil; empleará la astucia y la destreza para alcanzarlo. Al instinto de la naturaleza, él añadirá, si se quiere, la luz de vuestras lecciones; dejará de hacer todo aquello que prevé que pue-

da atraerle el palo ó bien evitará vuestras miradas para hacerlo; de él obtendreis aquello que él couzca que pueda moveros á satisfacer su apetito y sus necesidades; huirá de su enemigo, se guardará del peligro, escogerá, entre mil medios para lograr sus fines, el más fácil, el más pronto, y á veces aun el mejor combinado... ¿No es acaso en la elección de los medios en lo que vosotros fundais la razon y la libertad del animal...? Pues bien; todo eso lo hace un loco...! El punto en que el animal os parece perfecto, no es siquiera el punto en que principia el hombre...! Luego en la página 411 observa el mismo autor: «Es, pues, un hecho incontestable: la inteligencia del animal hállase circunscrita enteramente en la esfera de la sensibilidad. Empero, cierto es además que, aun en el mundo sensible, el animal, á pesar de tener á su vista los efectos y las causas, no los distingue lo bastante unos de otros para auxiliar en algo siquiera á la naturaleza. De aquello que ve su ojo, hace, pues, que la bestia se eleve á lo que la razon del más imbécil de los hombres le enseña. Mostrádnosla, al menos, alimentando el fuego que la calienta, ó extinguiendo las llamas que la abrasan; regando las plantas cuyos frutos espera, ó sembrando por sí misma lo que ella mañana se gozará en recoger; añadiendo nuestras redes á sus ardides ó nuestras flechas á sus armas; y aun así solo habreis cruzado un primer mundo; el que separa al animal del salvaje. Haced que el animal salga de su guarida, no ya para correr tras su presa, sino para contemplar el brillante ejército de las estrellas, y le habreis hecho entrar en el mundo social de los pueblos pastores; procurad luego que, no contento con la contemplación de la marcha de los astros, él mida y calcule sus cursos, y habreis salvado un tercer infinito desde los pueblos pastoriles á Newton. Haced todavía que, poco satisfecha de las artes que le otorgó la naturaleza, y que ella no ha adquirido, la bestia ensaye al menos de transmitir á su posteridad lo que vuestras lecciones y cuidados añadieron á su industria; haced que en ella

los descendientes prosperen con aquello que supieron sus mayores, y habreis franqueado en vuestra marcha hácia el hombre un cuarto infinito, un cuarto mundo, el de las especies que adquieren y se perfeccionan. En ese caso aun os hallareis lejos de ese mundo en el cual algunas verdades abstractas y puramente intelectuales absorben á Malebranche, Descartes, Pascal, Laplace y Cuvier. Finalmente, antes de penetrar en el mundo en que la verdad reducida á la práctica adorna al alma con más perfecciones que mil verdades descubiertas por el poder del genio, aun tendreis que recorrer regiones nuevas y un nuevo infinito. Desde esos mundos diversos en los cuales el animal es nulo, y donde el hombre aparece solo, ¡qué de abismos no es menester superar para llegar á aquel en que el alma goza anticipadamente de toda la grandeza y de todas las delicias de una vida futura, donde el mundo material y el presente no son ya nada, donde Dios y el porvenir lo son todo! Ese mundo es mio; mi alma contéplase en él; ella tiene la idea de él; ella sabe gozar de él, y vosotros quisierais rebajarla al nivel del alma del animal! La esencia y la naturaleza del bruto, serian acaso mi esencia y naturaleza! No, y mil veces no! Hay entre ella y yo un intervalo harto grande para que nosotros estemos animados por un mismo sér!»

Repitamos, pues, de una vez más estas tristes palabras de Bossuet: «La semejanza entre las acciones de las bestias y las acciones humanas engaña á los hombres; estos quieren á toda costa, que los animales raciocinen, y todo lo más que se hallan dispuestos á conceder á la naturaleza humana, es de tener acaso un poco más de discernimiento; no faltan algunos todavía que piensen que aquello que nosotros tenemos de más solo sirve para hacernos más maliciosos y desdichados; ellos se creyeran más seguros y dichosos si fueran como las bestias.»

Fin del hombre.—Dios, dice el inspirado autor del libro de los *Proverbios*, *todo lo hizo para sí mismo*, al hombre y

á las criaturas. Él es, por consiguiente, su último fin. La fé, más explícita aun, nos enseña que el hombre fué criado para este fin único: adorar, amar y servir á Dios, y, por el ejercicio de esos tres grandes deberes, conquistar la vida eterna. Mi razon me indica que este fin supremo es necesario, glorioso, bienaventurado. Habiendo venido de Dios, el hombre pertenece necesariamente á Dios. Dios tiene sobre él un dominio esencial, supremo, absoluto, irresistible. La religion, la razon, su corazon, su propia esperiencia y todos los objetos mismos creados por su nada, le están diciendo á voz en grito que Dios es su último fin; que para él, la fuente de toda gloria y de toda dicha se halla en la fidelidad hácia su Dios; que todo su sér vivirá totalmente en la inquietud, en tanto no se repose en Dios.

La fé nos enseña aun que todas las criaturas, es decir, todo lo que hay sobre la tierra fuera del hombre, solo existen ó le son concedidas para ayudarle á alcanzar su fin, que es Dios; de tal suerte, que él pueda hacer uso de ellas, ó deba abstenerse de ellas segun que le aproximen á Dios ó alejen de él; y de tal suerte todavia, que, y ahí está el colmo de la humana perfeccion, relativamente á todos los bienes ó á todos los males de la tierra, la salud ó la enfermedad, la miseria ó la riqueza, una vida larga ó una muerte prematura, el honor ó el desprecio, el hombre vive en una indiferencia absoluta, en términos de no elegir ó no querer más que aquello que le conduce con mayor seguridad á su fin que es Dios.

Apenas el hombre habia sido creado é instalado en el paraíso terrenal, cuando Dios declaróbase su soberano dueño, dictándole leyes, prohibiéndole, bajo pena de muerte corporal y espiritual, comer del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, y ordenándole que se abstuviera de toda iniquidad. Desde entonces, Dios grababa en lo más recóndito del sér humano el sentimiento de la divinidad; dotaba, á la vez, á su alma de estos dos atributos característicos de su especie: la *religiosidad* y la *moralidad*.

Respecto de esa cuestion de orden puramente sobrenatural ¿qué podemos nosotros, pues, pedir á la ciencia, á la historia, á la geografía, á la etnografía y á la fisiología? Una sola cosa; y es que ellas nos demuestren en todas las sociedades humanas, aun las más reducidas, esa doble facultad de religiosidad y de moralidad. Pues bien; eso es precisamente lo que ellas han hecho con usura, como lo prueba M. de Quatrefages en su *Unidad de la especie humana*, páginas 22 y siguientes. Entre las naciones más salvajes, aun en el seno de aquellos pueblos que por un comun acuerdo, son colocadas en el último rango de la humanidad, algunos actos públicos ó privados nos revelan que en todas partes el hombre supo ver, al lado y por encima del bien y del mal físico, algo de más elevado... En todas partes créese en un mundo distinto del que nos rodea, en ciertos seres misteriosos que deben ser temidos ó venerados, en una existencia futura que está aguardando una parte de nuestro sér despues de la destruccion de nuestro cuerpo... Algunos apoyáronse en lo que dijeron cierto número de viajeros para afirmar que algunas hordas, y á veces razas enteras, hallábanse desprovistas de moralidad y de religiosidad... Los hechos prueban, sin embargo, cada dia, la ligereza con que fueron emitidas y acogidas esas aserciones tan graves... Cuatro razas tuvieron el triste privilegio de ser el objeto de tales imputaciones: la raza hotentote, la raza australiana, la raza africana y la raza americana... Pues bien; entre los hotentotes y los cafres, háse reconocido la creencia en un principio bueno y en otro malo, ambos personificados y llevando nombres particulares, la creencia en otra vida, etc. Livingstone ha dicho de la raza del Africa meridional: «Por degradados que se hallen esos pueblos, no hay necesidad alguna de hablarles de la existencia de Dios, ni de recordarles la vida futura; puesto que estas verdades son universalmente reconocidas en África.» M. Alc. de Orbigny, el sábio que más se ha ocupado del hombre americano, dice en una de sus obras, que ha pa-

sado á ser clásica con justa razon: «Bien que algunos autores hayan negado toda religion á los americanos, es evidente para nosotros que todas las naciones aun salvajes tenían una cualquiera. Hasta en el seno de los bosques, cien veces seculares de las amazonas; entre esas tribus cuyas costumbres atroces más nos sublevan, la nocion de un mundo y de séres superiores maniféstasenos más claramente, á medida que vamos entrando algun tanto en el interior de aquellas soledades... Entre los pueblos del Asia, encuéntrense doquiera tendencias religiosas, el adivino y su tamboril mágico... Los navegantes han visto ídolos morabitos entre todos los insulares de la Polinesia... Háse observado entre todas las tribus australianas la creencia en los espíritus, en un espíritu del bien, *Cotan*, el cual es invocado cuando se trata de hallar á los niños extraviados; y en un génio malo, *Potoyan*, que vaga durante la noche en torno de las chozas, con el intento de devorar á los habitantes... La idea de religion encuéntrese, pues, sobre todo el globo y en medio de todos los séres humanos.»

Hé aquí por lo tanto, como la verdadera ciencia demuestra, tanto como ella puede, que Dios es el fin último del hombre.

Yo admito, sin embargo, que, en virtud de la fatal influencia del cuerpo sobre el alma, de la materia sobre el espíritu, cuya influencia hállase espesada de un modo tan admirable y terminante en el versículo 15 del capítulo IX del libro de la *Sabiduría*: «El cuerpo que se corrompe materializa al alma, y esta morada terrestre deprime á la razon capaz de los más sublimes pensamientos; *Corpus quod corrumpitur aggravat animam, et terrena habitatio deprimit sensum multa cogitantem*; yo admito, digo, que una naturaleza, ó aun nacion humana, pueda hallarse bastante degradada para no tener idea alguna actual de la divinidad. Yo admito, igualmente, con el duque de Argyll, como un hecho cierto, que por un exceso fatal de civilizacion material, el hombre y la mi-

noria de una sociedad ilustrada, puedan perder todo conocimiento religioso, dejar de creer en todo dogma revelado, olvidar todo deber religioso, llegar aun hasta un ódio satánico contra Dios y toda religion. Ya no son raros, por cierto, entre nosotros los positivistas, los libre-pensadores y los solidarios, para los cuales toda idea de Dios es odiosa, que hablan sin rebozo alguno de eliminarle del mundo, de derrocarlo! Tal es su blasfemia infernal. Para algunos académicos célebres, por ejemplo, MM. Littré, Renan y muchos otros, Dios no es más que un vocábulo, un sueño malo. En sus *Palabras de filosofía positiva*, pág. 288, M. Littré dice en términos muy claros: «Las ciencias (yo quisiera saber cuáles) dieron al traste con toda teología... En otros tiempos el sentimiento religioso fijóse sobre algunos séres ficticios, de los cuales la imaginacion primitiva pobló el cielo. En nuestros dias dicho sentimiento fijase sobre la existencia real de la *Humanidad*...» En otra parte dice: «La humanidad va convirtiéndose, á su vez, en providencia de sí misma despues de haber sufrido terriblemente por haber contado harto tiempo con otras providencias imaginarias.» (Artículo *Muerte* del *Diccionario de las ciencias medicas*.) Y sin embargo, (cosa estraña y ceguera verdaderamente funesta) M. Littré vindicase ardientemente á sí mismo de la nota de ateo. «La filosofía positiva, añade, es demasiado antiteológica para el deísmo y demasiado religiosa para el ateísmo.» *Conservacion, Revelacion, Positvismo*, pág. 279.) Empero, demos tregua á esas aberraciones de espíritu, y compadezcamos, no á la ciencia (ella nada tiene que ver con ello, harto nosotros lo sabemos, nosotros que le hemos consagrado nuestra vida entera), sino á los sábios que, bajo la reaccion de su cerebro trastornado, descendieron, religiosamente hablando, más abajo de los Boschimens.

Fin del animal. En los designios de Dios, el hombre, ya lo dijimos, es el rey de la naturaleza y todo se hizo para él. El animal debe servir al hombre, temerle, amarle ó

huir de su presencia, sufrir su yugo ó buscar un refugio en las cavernas de los montes y los antros de los bosques. Esos derechos del hombre, realidad grandiosa, están fundados en la naturaleza, la cual nos dice muy alto, con la revelacion, que el hombre es el fin del animal, lo mismo que Dios es el fin del hombre. Fuera de su especie, el hombre no encuentra nada para adorar, temer ó amar más que á Dios. Por su parte, el animal, capaz de amistad y reconocimiento, no encuentra fuera de su especie para adherirse, más que al hombre. Dios es para el hombre el sér soberano é irresistible; el terror ha arrojado delante del hombre al leon mismo y al tigre. Fuera de su especie, solo Dios pudo someter al hombre á su voz y hacerle humillar bajo su imperio; solo el hombre, sobre la tierra, pudo ser seguido y obedecido por el animal.

El hombre, es, pues, el rey, el fin último del animal; así como Dios es el rey y el fin último del hombre.

¿Quién osará decir que dicho imperio sea usurpado? ¿Es acaso del hombre que viene al animal ese instinto que le vuelve fiel á él? ¿Es por ventura el hombre el que hizo encorvar la cabeza del buey que reclama el yugo y el arado? ¿Es él quien redondeó el lomo del camello que invita á que se le eche sobre sí las cargas más pesadas? ¿Es él quien enseñó al caballo á engreirse del freno que le doma y del dueño que lleva? El rico toison que el carnero ofrece á las tijeras ¿es el hombre quien lo hace crecer? Los hilos plateados y dorados que el gusano de seda extrae de su seno ¿es el hombre quien le enseñó de tejerlos? ¿No es el Dios autor de la naturaleza el que en todas partes y siempre dijo al hombre: «Todo esto es para tí?» El es quien le dijo: «Que los animales, dóciles á tu voz, fecunden tus campos con su trabajo; que ellos te vistan con su lana; que ellos te sustenten con su carne. Aquellos que yo multiplicaré en torno de tí, servirán para tu regalo ó tus necesidades; aun aquellos que tú consideras como enemigos tuyos no existirán más que para tí; yo los someto á tu imperio, destinándolos á todos para

tu servicio; yo te he dado la destreza contra los más fuertes, la fuerza contra los débiles y la inteligencia contra todos.»

Resurreccion de los cuerpos. Hé aqui, finalmente, la última prerogativa del hombre de la revelacion, la resurreccion de los cuerpos. El patriarca Job decia ya: «Yo sé que mi Redentor vive, que en el último de los dias me levantaré de la tierra, que seré de nuevo revestido de mi cuerpo, que veré á mi Salvador con los ojos de mi propia carne; esta esperanza es el fondo mismo de mi sér.» El profeta Daniel dice á su vez: «Aquellos que duermen en el polvo despertarán un dia, los unos para la vida eterna, los otros para un oprobio sin fin.» Marta decia sin vacilar á Jesucristo: «Yo sé que mi hermano resucitará vivo en el último de los dias.» Jesucristo despues de habernos dado en la santa Eucaristia, en la manducacion de su cuerpo y sangre, la prenda y el gérmen de la resurreccion futura, pronunció esta sentencia irrevocable: «Los muertos que están en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán de él; aquellos que hicieron bien saldrán para resurreccion de la vida; mas los que hicieron mal, para la resurreccion del juicio.» (S. Juan, V, 24.) San Pablo, finalmente, eco fiel de la revelacion evangélica, exclama: «Todos ciertamente resucitaremos, mas no todos seremos mudados... Sembrado en la corrupcion, el cuerpo resucitará incorruptible; sembrado en la ignominia, resucitará en la gloria; sembrado en la debilidad, resucitará en la fuerza; sembrado animal, resucitará espiritual... En un momento, en un abrir de ojos, los muertos resucitarán... El cuerpo corruptible será revestido de incorruptibilidad; el cuerpo mortal será revestido de inmortalidad. Y cuando el cuerpo que es mortal, fuere revestido de inmortalidad, cumpliráse esta palabra de la Escritura: Tragada ha sido la muerte en la victoria, que ella creia vanamente haber alcanzado. Oh muerte, ¿dónde está, pues, tu aguijon? Oh muerte, ¿dónde está tu victoria?»

Todas las comuniones cristianas están unánimes en creer, con la Iglesia católica, en la resurrección de los cuerpos y en la vida eterna. Todas ellas enseñan como un dogma revelado que así como Jesucristo resucitó, todos los hombres resucitarán igualmente; es decir, que sus almas serán de nuevo unidas al cuerpo del cual la muerte los había despojado; bien que este cuerpo, después de la resurrección, deba gozar de propiedades muy distintas de aquellas bajo las cuales se nos ofrece en esta vida. ¿Cuáles serán, pues, esas propiedades nuevas de los cuerpos resucitados gloriosamente? La impasibilidad, la sutileza, la agilidad, la claridad, etc., etc. Nosotros no nos detendremos ahora en definirla. Tampoco probaremos de penetrar el terrible misterio encerrado en estas palabras de san Pablo. «Todos, ciertamente, resucitaremos; mas no todos seremos mudados... El hombre recogerá aquello que hubiere sembrado. Aquel que hubiere sembrado en la carne, recogerá de la carne la corrupción; aquel que hubiere sembrado en el espíritu, recogerá del espíritu la vida eterna.» ¿Qué podrá ser, pues, el cuerpo de los réprobos, conjunto pavoroso de vida y de muerte, á la vez vivo y cadáver? Dios lo sabe.

El dogma de la resurrección de los cuerpos es evidentemente muy conforme á la razón. El alma, según dijimos, no constituye por sí misma, una persona humana, un *yo* humano; ella no es *persona*, ella no es *yo* más que en su unión con el cuerpo, que lo exige y que ella exige, que ella completa y que la completa. Si ella es, pues, llamada á una vida eterna, podrá vivir separada durante algun tiempo de su cuerpo; mas este cuerpo deberá completarla de nuevo cuando ella alcance su fin postrero. Lo que merece y lo que desmerece es el hombre, el todo humano, el alma unida al cuerpo: lo que deberá, pues, ser recompensado ó castigado, en la hora de la justicia suprema, es todo el hombre, el todo humano. El cuerpo ha sido no solamente el compañero, sino como el instrumento, y á menudo la ocasión, cuando no la causa, del crimen y de

la virtud; él debe, pues, tener su parte de gloria ó de oprobio.

Relativamente al dogma de la resurrección, la ciencia declara, desde luego, como lo hemos visto hacer á M. de Quatrefages, que la idea de inmortalidad y de resurrección es como inseparable de la humanidad, y que se la encuentra en todas partes. Si en algunos individuos, ó aun entre algunas hordas salvajes, dicha idea hállese completamente oscurecida, es solo accidentalmente por una influencia mórbida del cuerpo sobre el alma. Mas aun cuando ella no exista actualmente, la fé en la vida futura subsiste siempre en el estado virtual ó latente, pronto á renacer cuando el hombre haya vuelto á su estado normal. Una vez atestiguada esta grande tradición, la verdadera ciencia vela su rostro y adora; la falsa ciencia echa á volar algunas objeciones sin valor alguno!

Es imposible, dice ella, dejar de admitir que los mismos elementos sólidos, líquidos ó gaseosos, intervinieron sucesivamente en la formación de los cuerpos de un gran número de hombres; que aun un cierto número de esos cuerpos no contienen elemento alguno nuevo ó que les sea propio; que no pueden reclamar para sí mismos unos elementos poseídos ya por otros, y que ellos son, por consiguiente, incapaces de resurrección. Empero á eso la fisiología y la razón responden: Lo que hace que el cuerpo de un hombre sea su verdadero cuerpo, no es la identidad numérica de las moléculas que lo componen, sino únicamente su manera de organización y su unión con su alma. La prueba de ello está en ese fenómeno misterioso, pero incontestable, de los cambios incesantes, de las transformaciones perpétuas que tienen lugar en los cuerpos vivientes. Bien que se halle rigurosamente demostrado que al cabo de quince años, mi cuerpo no es ya numéricamente el mismo, no es por otro lado menos cierto que mi cuerpo de otros tiempos es mi cuerpo de hoy, á pesar de su renovación absoluta, y esto sucede así por el mero hecho de que él no ha cesado de estar unido á mi alma,

de ser vivificado y gobernado por ella, propiedad una é indivisible del mismo yo humano.

En el cuerpo de cada hombre hay algo de esencial y algo de advenedizo ó de accidental. Lo que hay de esencial, lo que él posee y poseerá para siempre todo solo, es aquello que existía de él en el momento en que fué animado y vivificado por su alma. Estos elementos esenciales, el hombre lo conservará siempre; ellos serán siempre suyos. Lo restante, aquello que es originado por la nutrición, la digestión, la asimilación y la circulación, no es él de ningún modo; él puede perderlo y lo pierde sin dejar de ser él. Y por lo mismo que él habrá sido siempre esencialmente él, el cuerpo resucitado no tendrá que pedir nada á otro cuerpo cualquiera. Con estos elementos esenciales ó personales será como Dios reconstituirá el cuerpo espiritual y glorioso del justo, lo mismo que la inmortal corrupcion del cuerpo del réprobo. Siendo el alma la misma, y el gérmen propio ó el elemento constitutivo permaneciendo el mismo, lo demás poco importa, y la identidad subsistirá eternamente. Está, por otra parte, rigurosamente demostrado: 1.º que en un cuerpo del grueso ó espesor de la tierra, hay bastantes huecos ó poros para que pueda concebirse reducido al volumen de un grano de arena; 2.º recíprocamente, que en un grano de arena hay un suficiente número de partes, moléculas ó átomos, separables ó aun actualmente separados, para poder formar con ellos un globo tan abultado como la tierra, y en el cual la distancia entre dos moléculas ó átomos contiguos sea tan diminuta como se quiera. En vista de esos dos misterios de la naturaleza, misterios enteramente aterradores, ¿osaremos acaso discutir la posibilidad ó la imposibilidad de la reconstitucion del cuerpo humano con sus elementos esenciales y primitivos?

Existe aún otro sistema muy antiguo y muy moderno que empuénece considerablemente la objecion de los químicos-físicos. Platon y Berkeley quieren que el cuerpo sea una especie de envoltorio, cual límite impuesto al alma,

un modo del alma, un yo no sé qué, del cual el alma es la forma, de índole tal, que en quitando el alma, que es la sola mónada real y esencial, se quitaría todo. En esta hipótesis de la cual nosotros no participamos en manera alguna, pero que muchos adversarios de la revelacion sostienen, no hay en el acto de la vida, paso real de un cuerpo á otro, por la generacion y la nutricion. La objecion, pues, tomada de la materialidad del cuerpo queda desvanecida.

M. Darwin ha sacado á relucir, en estos últimos tiempos, un nuevo sistema denominado Pangenesis, que reduce el cuerpo de cada sér á un elemento infinitamente pequeño ó célula. Dicha célula, esencial y primitiva, al separarse del sér generador, no se lleva únicamente consigo la facultad de producir otro sér semejante al padre y á la madre; ella se lleva además en sí misma la virtud de transmitir esa facultad misma de generacion en generacion. La vida de cada célula, por consiguiente, se reproduciría, se multiplicaría en una série indefinida de séres rígnosamente limitados y determinados, perfectamente semejantes á los ascendientes. Cada célula, además, contendría algunos millones de átomos ó de gémulas, salidas del sér-madre, dotadas igualmente de la facultad de multiplicarse y de circular; mas cuyo desenvolvimiento futuro dependería de su afinidad respecto de otras células envueltas parcialmente en un órden conveniente de sucesiones individuales. Aquellas de dichas gémulas que no se desvolvieron en la primera generacion, pueden ser transmitidas al través de generaciones ulteriores, y producir algunos casos notables de retorno y atavismo. En la Pangenesis, finalmente, una simple célula no solo contiene todos los elementos ó principios constitutivos del cuerpo; ella contiene todavía, bajo la forma de gémulas tóxicas, los principios de sus estados mórbidos, de las enfermedades hereditarias, de las deformidades, etc., etc. Hé ahí ciertamente un misterio, un misterio humano, que espanta á la imaginacion, y al cual sin embargo muchos se adhieren. Inclinémos,

pues, sin resistencia ante el misterio sobrenatural de la resurreccion, que halla su credibilidad necesaria y suficiente, sea en la antigua teoria de los gérmenes, sea en la hipótesis moderna de la célula generatriz de la Pange-nesia, y en todo caso en la omnipotencia de Dios, cuyo secreto ella constituye.

¿Qué sustituyen, pues al dogma misterioso, pero tan razonable de la resurreccion de los cuerpos, aquellos de esos sabios y libre-pensadores del siglo ix que admitan todavía que el alma no muere con el cuerpo? Apenas me atrevo á decirlo! Probémoslo, sin embargo. Un escritor de moda, M. Luis Figuiet, en una obra que ha hecho mucho ruido: *El día despues de la muerte, ó la vida futura segun la Ciencia* (Paris, Hachette, 1872), formula en estos términos lo que él considera como la última expresion del sér humano:

«Si durante su permanencia acá abajo, el alma humana hubiera perdido algo de su vigor y cualidades, si hubiere formado parte de un individuo perverso, ella no saldrá de la tierra. Despues de la muerte de dicho individuo ella irá á hospedarse en otro cuerpo humano, perdiendo el recuerdo de su anterior existencia. Estas reencarnaciones en un cuerpo humano pueden ser numerosas. Ellas deben repetirse hasta el momento en que las facultades del alma estén asaz desarrolladas, ó sus instintos se hubieren mejorado y perfeccionado suficientemente... Sólo entonces esa alma podrá abandonar la tierra y lanzarse á los espacios para pasar al nuevo organismo que sigue al del hombre en la jerarquía de la naturaleza... El espacio en que habitan las almas así santificadas, hállase ocupado por el éter planetario... Dichas almas tienen un cuerpo... mas ese cuerpo debe hallarse provisto de unas cualidades infinitamente superiores á aquellas que constituyen el ornato del cuerpo humano... Al cabo de un intervalo cuya duracion no intentaremos fijar, el sér sobrehumano muere, y su alma entra en un nuevo

cuerpo, adornado de unas facultades más poderosas todavía... Y no es en una tercera ni en una cuarta generacion donde puede detenerse la cadena de las sublimes creaciones que entrevemos flotar en lo infinito de los cielos. Despues de haber recorrido esa larga sucesion de etapas y de estaciones en los cielos, los séres que estamos considerando deben llegar definitivamente á un lugar dado... Ese lugar, término definitivo de su cielo inmenso al través de los espacios, segun nosotros, es el sol... Lo que conserva la radiacion solar, son los arribos continuos de las almas... al sol. Esos espíritus ardientes y puros vienen á reemplazar las emanaciones enviadas continuamente por aquel astro al través del espacio sobre los globos que lo rodean... Los séres espiritualizados reunidos en el sol, envían á la tierra y á los planetas emanaciones de su esencia, es decir, gérmenes animados que distribuyen sobre los planetas la vida, la organizacion, el sentimiento y el pensamiento...» M. Figuiet, completamente satisfecho de si mismo, añade: «Nuestro sistema difiere de la metempsicosis de los antiguos y de los orientales, en que nosotros no admitimos de ningun modo que el alma humana pueda volver jamás al cuerpo de un animal... El retroceso no es nuestra doctrina; el alma puede en su marcha progresiva detenerse un instante, pero ella no vuelve nunca atrás. El dogma oriental de la metempsicosis desconoce la gran ley del progreso, que forma, por el contrario, el dogma de nuestra ensenanza... En cuanto á las doctrinas de Darwin y de otros transformistas, nosotros diferimos de ellas en que ellos no consideran más que la estructura anatómica, y nosotros solamente consideramos las facultades del alma. Nosotros vamos guiados, no por la idea materialista que dirige é inspira á los sabios, sino al contrario por un espiritualismo razonable.» ¡Espiritualismo razonable! Tratan de razonable el sistema absurdo que da á las almas por origen de donde ellas emanar, y por último término á donde ellas van á iluminar á los mundos, EL SOL!

Y ese extraño libro, si hemos de dar crédito al autor y editores, ha sido vendido por miles de ejemplares, y ha llegado á su cuarta edición!

¡Qué señal tan triste de los tiempos de los cuales dijo el apóstol san Pablo: *Ellos no sufrirán más la sana doctrina... Se rodearán de maestros, cuyo lenguaje fantástico halaga sus oídos... Tomarán aversión á la verdad y volverán á las fábulas!*

Jamás profecía alguna fué mas literalmente cumplida.

Posdata. 22 de abril de 1872.— Como una prueba patente del hecho espantoso de que las generaciones modernas van perdiendo cada día más y más la idea de Dios, y que esta idea se les ha hecho odiosa, me permito añadir aquí dos profesiones de fe modernas. La primera de ellas es de M. Cárlos Vogt, antropologista harto célebre, quien, en su prefacio enteramente reciente del libro de la *Descendencia del hombre* por Darwin, no vacila en decir (pág. XI, línea 34): La última palabra del darwinismo, la doctrina del día, «es que no hay lugar, ni en el mundo inorgánico, ni en el mundo orgánico para un poder tercero independiente de la materia capaz de moderar á esta segun su voluntad ó su antojo.»

La segunda de dichas profesiones es de un escritor político y filosófico de la *República francesa*, el periódico del ciudadano Gambetta, el presidente del *Parlamento*. (Miércoles 10 de abril): «Ya no restan más que los imbéciles y los ignorantes para creer en las ideas reveladas... Los dos adversarios, la Tradición ó la Iglesia y la experiencia han acabado por romper estrepitosamente, y desafiando toda hipocresía, se preparan para librarse una batalla terrible, un verdadero combate por la existencia: dado que se trata de saber quién alcanzará la victoria entre el hombre y los dioses, la ciencia y la fé, la Iglesia ó la civilización.» ¡Qué torrente de barbarie y de sangre hállase condensado en ese antagonismo impío!

CAPITULO SEXTO.

Unidad de origen adámico del hombre. Unidad de la especie humana.

ESTADO DE LA CUBSTION.

Primera unidad de origen ó de tronco.

La revelacion nos enseña que la humanidad toda entera, tal como ella existe y puebla actualmente la tierra, descendiende de un par único, Adán y Eva. Parece que Adán y Eva no engendraron en el paraíso terrenal; puesto que no se habla de su posteridad más que en la sentencia pronunciada por Dios contra Adán, en el momento en que e arrojaba de aquel lugar de delicias. (*Génesis*, cap. III, v. 17 y siguientes). Allí es donde se dice por vez primera: «Adán llamó á su esposa Eva; porque ella es la madre de todos los vivientes, es decir, de todos los hombres que vivirán sobre la tierra.» En la lengua hebráica, Adán significa hombre, y en todas partes, en las divinas Escrituras, e hombre es llamado hijo de Adán. Escrito está en el libro de la *Sabiduría*, cap. X, v. 5: «Ella es (la sabiduría) la que custodió á aquel que Dios habia constituido padre del universo entero, habiendo sido criado solo.» El dogm cristiano expuesto en primer lugar por san Pablo, es que todos los hombres que existen pecaron en Adán, que la muerte, comun á todos los hombres, se introdujo en el